

**MENSAJE DEL GOBERNADOR
DEL ESTADO LIBRE ASOCIADO DE PUERTO RICO
HON. RAFAEL HERNANDEZ COLON
CON MOTIVO DE SU JURAMENTO COMO GOBERNADOR ELECTO
DEL ESTADO LIBRE ASOCIADO
2 DE ENERO DE 1973**

Quiero que mis primeras palabras como Gobernador sean de agradecimiento profundo y sincero a todo el pueblo puertorriqueño por haberme encomendado la honrosa responsabilidad de dirigir los destinos de nuestra patria en momentos tan trascendentales. Al aceptar decididamente esa responsabilidad, le extiendo a todo mi pueblo mi abrazo más estrecho y caluroso.

Va este abrazo también el sentimiento que hoy embarga a todos los puertorriqueños por la trágica muerte de nuestro Roberto Clemente. Nuestra juventud ha perdido un ídolo y un ejemplo. Nuestro pueblo pierde una de sus glorias. Todos nuestros corazones están entristecidos por su partida trágica cuando acudía al socorro de las víctimas de la catástrofe de Nicaragua.

En este día en que formalicemos el traspaso dramático el poder, saludo también con afecto sincero a nombre de todos los puertorriqueños a nuestros conciudadanos de los Estados Unidos de América al igual que a nuestros hermanos en los pueblos de América Latina y del Caribe, así como a los de todos los pueblo aquí representados en manifestación de amistad y de solidaridad.

A todos ellos les digo en este momento histórico: Puerto Rico tiene fe en su destino y esperanza para su futuro.

Puerto Rico sabe de dónde viene y hacia dónde se dirige. Lo que está sucediendo en esta Isla tiene un profundo significado, no solo para nosotros, sí que también para otro pueblo de esta tierra, y todos lo sabemos.

Nuestra fe tiene sus raíces en la transformación que realizamos en el pasado. Ya una vez nos levantamos milagrosamente sobre nuestros propios pies y vencimos las limitaciones que nos impuso la naturaleza.

Nuestra vida se ha desenvuelto dentro de un prodigio idealismo y la adaptación creadora a las tremendas limitaciones de espacio y recursos que nos impuso la naturaleza. Nuestro progreso se ha logrado mediante el esfuerzo tesonero, la voluntad decidida, la perseverancia, y una visión profunda de los valores fundamentales que deben guiar la vida de los pueblos.

Mi generación nació cuando Puerto Rico se encontraba en la más pavorosa miseria, sin la autoridad, y sin el poder para confrontarnos con nuestra propia situación.

Nuestra infancia fue testigo de como un líder visionario inspiro a nuestro pueblo a levantarse por su propio esfuerzo y a transformar las realidades económicas sociales y políticas y moldearlas en las instituciones del presente. En aquella gesta gloriosa, el pueblo demostró su fortaleza de espíritu, su profunda inteligencia, su capacidad de sacrificio y la grandeza de su alma.

Sin sangre y sin violencia, dentro del marco de la democracia, honrado y enalteciendo nuestros valores tradicionales de respeto al ser humano y a la dignidad de cada puertorriqueño, transformamos las condiciones de nuestra vida para situarnos entre los países industrialmente avanzados del mundo.

Ganamos pacíficamente un puesto en la vanguardia del desarrollo económico. Nuestra gesta fue ejemplo para otros pueblos y orgullo legítimo para nosotros mismos.

Pero, la historia demuestra que todos los grandes movimientos de los pueblos atraviesan periodos de estancamiento, o de relativo poco progreso, o decaen de modo definitivo, son tiempos de confusión, de incertidumbre y de indecisión en que, se pierde el sentido de dirección y de propósito.

No hemos sido excepción a este patrón de la experiencia humana. Nos hemos encontrado con la incertidumbre que sufre el mundo entero, el cual está en profunda evolución atravesando cambios acelerados. Las verdades del pasado se están derrumbando vertiginosamente en el mundo, mientras las verdades de nuestra época luchan por emerger. Los valores están en crisis. Gran parte de la humanidad está perdida en frustración en indiferencia, en cinismo y en desesperanza. Algunos se refugian en el odio y en despliegues de violencia irracional.

Es en momentos como estos en que los problemas fundamentales de los pueblos hacen crisis. En Puerto Rico, esos problemas hacen de nuestro presente, un presente de contrastes que conturban la conciencia y estremecen el alma.

Mientras unos sectores de nuestra sociedad disfrutan de un progreso creciente, miles y miles de puertorriqueños languidecen en una pobreza que parece no tener fin. A cientos de miles les llega una injusta proporción de los bienes y los ingresos del país; las circunstancias en que han nacido les niegan las oportunidades de abrirse paso en la vida, de darle significado a su existencia. Las esperanzas están muertas en nuestros campos. El creciente costo de la vida merma los sueldos y salarios. El producto de la tierra ya no sostiene la gente en la ruralia puertorriqueña. Hay una brecha en oportunidades, en el disfrute de lo que otros han podido alcanzar. Los pobres en nuestras ciudades y en nuestros campos esperan, pero no se ha realizado su esperanza.

Nuestra economía no se ha podido desarrollar para crear suficientes empleos y dar trabajo a todos los puertorriqueños que lo necesitan. Miles se ven obligados a emigrar, a abandonar sus hogares, a desarraigarse de sus comunidades en busca de nuevas oportunidades que buscaban, se ven obligados a recurrir a la caridad pública; en lugar de poder mantener su frente en alto con orgullo de su identidad, encuentran prejuicio e incomprensión. Los desempleados y los migrantes esperan la creación de oportunidades en Puerto Rico, pero no se ha realizado su esperanza.

Una tercera parte de nuestras familias habita en viviendas inadecuadas para seres humanos. Miles de ellas en nuestros campos están hacinadas en estructuras endebles, sin solar propio, sin facilidades sanitarias, muchas sin suministro de agua potable. Sus niños juegan en el polvo o en el fango; se asean con aguas contaminadas; respiran un aire viciado; muchas veces duermen amontonados en el piso. Esas familias esperan, pero no se ha realizado su esperanza.

Nuestros enfermos sufren esperas de días, semanas y hasta de meses para recibir tratamiento. Muchos mueren sin recibirlo. En los hospitales faltan médicos, enfermeras, y a veces hasta medicinas, para atender el pobre. El que puede pagar recibe un tratamiento de mejor calidad pero tiene que afrontar los costos exorbitantes de la medicinas, para atender el pobre. El que puede pagar recibe un tratamiento de mejor calidad pero tiene que afrontar los costos exorbitantes de la medicina moderna. Nuestros enfermos esperan, pero no se ha realizado su esperanza de recibir atención médica de igual calidad para todos dentro de las posibilidades económicas de cada cual.

Todos los puertorriqueños compartimos estas preocupaciones. Pero el tiempo para y no respondemos con la acción a nuestras preocupaciones. Ya se ha agorado el tiempo para retórica, para los discursos, para las palabras, hasta para las más nobles y mejor intencionadas de las promesas. Ha llegado el momento de aunar nuestras voluntades para hacer realidad nuestros propósitos. Tenemos que unirnos en un esfuerzo común, en una acción concertada con sacrificio personal hasta lograr nuestros grandes objetivos. Así como nuestros fines de buena civilización nos unen en una sola comunidad, asimismo nuestra voluntad de actuar decididamente y realizar nuestros propósitos, tiene que unirnos también como si todos juntos fuésemos un solo hombre.

De modo que ha llegado el momento en que todos nos preguntemos en lo más profundo de nuestros corazones: ¿Qué pasara con los niños en los arrabales si los que podemos ayudarlos no los ayudamos? ¿Qué pasara con los padres con el corazón destrozado, tienen que abandonar la Isla para buscar nuevas oportunidades en un mundo desconocido si nosotros no creamos oportunidades y abrimos nuevas puertas aquí en Puerto Rico? ¿Qué les pasara a los enfermos que no tienen camas en los hospitales, que les pasara a aquellos que no pueden comprar medicinas para mitigar el sufrimiento, que les pasara a aquellos a quienes no se puede operar por falta de facilidades, si no cambiamos el sistema de prestación de estos servicios?

Sí, mi querido compatriota que me escuchas, si tú quieres un nuevo Puerto Rico de igualdad y de justicia, no te preguntes ¿Qué me sucederá mi si combato la injusticias? Pregúntate ¿Qué le sucederá a quien sufre la injusticia, si yo no la ayudo a combatirla?

Esa fue la pregunta que se hizo el pueblo de Puerto Rico en las pasadas elecciones y la contesto dando un mandato para que marchemos arriba y adelante, en nuestro progreso social y económico. Dando un mandato, para hacer un nuevo Puerto Rico. Mandato que ya no es consigna de un partido, sino la voluntad constitucionalmente expresada de un pueblo. Es un mandato para confrontarnos, con decisión y con firmeza con los problemas que nos niegan nuestro bienestar y nuestra felicidad. Es un mandato para confrontarnos, con decisión y con firmeza con los problemas que nos niegan nuestro bienestar y nuestra felicidad. Es un mandato para confrontarnos con las realidades, con los hechos tal y como son, y hacer las decisiones difíciles, con valor, guiados por lo que nuestra conciencia nos dicta que ha de ser para el verdadero y duradero bienestar de todo el pueblo.

Hoy empezamos a hacer el nuevo Puerto Rico. Con prioridad en nuestra agenda, está la reafirmación de las bases de nuestro objetivo económico. Nuestros objetivos sociales dependen en gran medida de una economía, la industria, el trismo, la agricultura con una visión realista de las posibilidades de cada sector y de los factores especiales que determinen su óptimo desarrollo. Estimularemos también los demás sectores económicos.

Los mecanismos que impulsan el desarrollo económico tales como la exención contributiva, habrán de fortalecerse y utilizarse hasta el máximo para poner la economía puertorriqueña en acelerada y decidida marcha adelante.

Buscaremos mejorar las formas de ampliar el financiamiento de nuestros programas fundamentales. Refinaremos los conceptos tradicionales. Exploraremos nuevos caminos para lograr nuestros objetivos. Con mente abierta, buscando siempre superarnos, encontraremos el camino para colocarnos nuevamente en la vanguardia del desarrollo.

Somos afortunados al tener entre nosotros muchos hombres y mujeres de talento y dedicación para llevar airoosamente el liderato y el trabajo fuerte y agotador en esta jornada histórica que hoy comenzamos. Son los hombres y mujeres de todos los partidos que se unen en una determinación común, en una fe común y en el más profundo amor por Puerto Rico.

También somos afortunados en poder contar con la ayuda de mis distinguidos antecesores en este cargo: Don Luis Muñoz Marín, Don Roberto Sánchez Vilella y Don Luis A. Ferre. En la medida que cada uno de ellos contribuyó al progreso de nuestro pueblo, Puerto Rico tiene una deuda de gratitud que en un día como hoy, debemos reconocer. Cada uno de ellos ha representado la voluntad del pueblo de Puerto Rico en su continuidad histórica y cada uno tiene todavía mucho que contribuir a este pueblo que todos amamos.

Sé que los puertorriqueños tenemos diferencias en cuanto a muchos asuntos. Pero, por encima de estas diferencias están nuestras aspiraciones comunes y nuestro propósito de mejorar la calidad de la vida puertorriqueña. Nuestra unidad de propósito, nuestra unidad de objetivos, nuestra solidaridad de pueblo, nos permitirá vencer todos los retos.

Unidad, que no quiere decir unanimidad de opiniones. Unidad, que no quiere decir que todos debemos sentir igual, pensar igual y actuar igual. La diversidad de estilo, de pensamiento, y de opinión es una regla de la naturaleza humana que las libertades democráticas protegen. Pero más fuertes que nuestras diferencias son nuestros lazos de hermandad puertorriqueña, más profundos son los vínculos de la patria y más firme es nuestro respeto por los valores que promueven el dialogo fraternal.

Para mantener abierto ese dialogo tan importante entre nosotros, en todo momento habré de promover el acceso del ciudadano y de la Prensa a todos los trabajos y decisiones del gobierno, y buscare siempre la solución racional de nuestras diferencias de criterio a través de formas pacíficas y democráticas.

Dentro de nuestra diversidad de opiniones, la voluntad puertorriqueña se ha manifestado mayoritaria y resueltamente en favor de la relación política que sostenemos con los Estados Unidos de América: El Estado Libre Asociado.

Este sistema de gobierno no es copia de los sistemas de gobierno de nuestros pueblos hermanos de América Latina ni tampoco es copia de los sistemas políticos de nuestros conciudadanos de Norteamérica. Es un experimento en nuevas formas de libertad y de convivencia.

Es un experimento en darle forma política y constitucional a los valores que atesora el pueblo puertorriqueño, como lo son la libertad integral del ser humano; la interdependencia de las Naciones; la convivencia y la relación pacífica entre ellas. Cuando estos valores cristalizan en la unión política de dos pueblos, ha ocurrido un avance fundamental en una humanidad dividida por nacionalismos y dogmatismos. Este es el mensaje de Puerto Rico.

El pueblo de Puerto Rico ha querido libremente unir su destino al pueblo de los Estados Unidos de América. Esta unión se ha establecido con carácter permanente sobre bases sólidas y fértiles: la común ciudadanía, la común defensa, la común moneda y la común dedicación a los valores de la democracia. Esos valores implican respeto por los intereses y las sensibilidades de ambos pueblos y demandan el reconocimiento de que la vida y la felicidad de la geste es más importante que meras convivencias en las operaciones de las distintas ramas de gobierno.

Buscando el perfeccionamiento de esa unión permanente con base a la igualdad y en la equidad, el pueblo de Puerto Rico emitió un mandato plebiscitario en el año 1967 para desarrollar el Estado Libre Asociado hasta un máximo de gobierno propio, consistente con la unión permanente.

Es mi responsabilidad implantar ese mandato en unión al Presidente de los Estados Unidos de América. No he de rehuir esa responsabilidad; al contrario, la acepto con la más profunda satisfacción.

Mi esperanza está en que la realización de este mandato en unión al Presidente de los Estados Unidos de América. No he de rehuir esa responsabilidad; al contrario la acepto con la más profunda satisfacción.

Mi esperanza está en que la realización de este mandato satisfaga no solo las aspiraciones de aquellos que favorecemos el Estado Libre Asociado sino también las aspiraciones fundamentales de todos los puertorriqueños. Tanto las aspiraciones de aquellos que desean mayores seguridades constitucionales sobre la permanencia de nuestra unión, como las aspiraciones de aquellos que desean una mayor plenitud de poder constitucional en manos de los puertorriqueños. Esa es la síntesis deseada, ese es el gran consenso ese es el sueño de Puerto Rico.

Consenso sobre el Estado Libre Asociado, verdadera convivencia, rectificación de las injusticias sociales, abrir campo al progreso de todos, conservar y enriquecer nuestra cultura, es la tarea que reclaman las esperanzas puertorriqueñas. Nuestra conciencia reclamo la realización de esas esperanzas al cristalizarlas en el mandato que yo acepto aquí y ahora, frente a ustedes y frente al mundo que nos mira.

De modo que ya inaugurado yo, por mi parte en este día les auguro una era de buena esperanza. Esa era de buena esperanza que se abre ante nosotros desde este momento, es a la vez una herencia de nuestro pasado glorioso, y la promesa de un futuro más amplio. Los invito a todos a entrar en ella conmigo.

La realización de esa buena esperanza pondrá a prueba nuestra voluntad, nuestra determinación, nuestra generosidad de espíritu, nuestra capacidad de sacrificio, y nuestra perseverancia, pues los objetivos que nos estamos imponiendo y la altura de nuestras miras, nos llevarán mucho más allá de donde hemos ido antes.